

Fe, justicia y la lucha de los dalits por la dignidad

• - Priyanka Samy, activista dalit, India

Amigos y amigas, hermanas y hermanos en la fe

Nos reunimos en un mundo que tiembla bajo el peso de la injusticia. Los regímenes autoritarios están intensificando su control; los valores democráticos se están erosionando; quienes defienden los derechos humanos están siendo silenciados y encarcelados; y se desarrollan guerras en nombre del lucro. La economía global ha normalizado lo que nunca debería ser normal: un mundo en el que se recompensa la codicia y se castiga la compasión.

En este momento de profunda crisis moral, esta Asamblea General debe ser más que un encuentro ceremonial. Debe servir tanto de advertencia como de llamado a la audacia. Un llamado a la Iglesia para que reimagine su relevancia en nuestros tiempos, recupere su rol profético en la vida pública y se ponga sin miedo del lado de aquellas personas que el mundo oprime. Se nos llama a reconstruir la resiliencia colectiva, basada en la fe, la compasión y el coraje.

Hoy les hablo como activista dalit de la India, una voz de uno de los pueblos históricamente más oprimidos del mundo. El sistema de castas, que tiene más de dos mil años de antigüedad, sigue definiendo quién tiene dignidad y a quién se le niega. Los dalits, antes llamados «intocables», «impuros» y «contaminados», quedan excluidos del orden social.

En toda Asia meridional y su diáspora, somos más de 270 millones de personas. Y entre los y las dalits, las mujeres dalit viven en la intersección de la casta, la clase y el género, soportando las cargas más pesadas de la violencia, la discriminación y la exclusión.

Aunque la Constitución de la India promete la igualdad, la casta determina todos los aspectos de la vida: dónde vivimos, con quién nos casamos, qué trabajos realizamos y qué contacto se considera «puro». La casta no es solo una práctica sociocultural, sino un sistema político-económico que dicta quién controla la tierra, quién dirige las instituciones y quién permanece invisible en las mesas de toma de decisiones.

La casta más allá de las fronteras

La discriminación por motivos de casta no termina en las fronteras nacionales. A partir de la migración, la diáspora del sur de Asia ha llevado esta jerarquía a todos los continentes. Ahora existe en las empresas globales, en las universidades e incluso dentro de nuestras iglesias.

Al igual que el racismo, la casta se basa en el mito de la pureza y la superioridad. Ambos sistemas deshumanizan, excluyen y sostienen los privilegios. Los movimientos dalit y negros llevan mucho tiempo estableciendo paralelismos entre el sistema de castas y el racismo, y pidiendo la descolonización de nuestra imaginación moral.

Hemos instado a los gobiernos, los organismos internacionales y las iglesias a que mencionen la discriminación basada en la casta junto con la raza, la etnia y el género en todos sus documentos oficiales. Porque lo que no se nombra, permanece invisible.

Las castas dentro de la Iglesia

Pero quizás la verdad más dolorosa a la que debemos enfrentarnos hoy es esta: la propia Iglesia no está libre de la casta.

En toda Asia meridional, incluso entre las comunidades cristianas, la casta dicta las interacciones sociales, el matrimonio, el liderazgo y el acceso al poder. Los cristianos y cristianas de casta dominante suelen ocupar puestos influyentes, desde el púlpito hasta el consejo parroquial, desde los seminarios hasta las agencias donantes. Los cristianos y cristianas dalit, a pesar de su fe y de su servicio, continúan siendo segregados, marginados y privados de la igualdad en su dignidad.

Ni siquiera la conversión ha logrado liberarnos a los y las dalits. Muchos dalits abrazaron el cristianismo como un acto de fe y de resistencia para escapar del estigma de la intocabilidad. Sin embargo, nuestra identidad de casta nos ha seguido hasta la Iglesia, donde seguimos limpiando los bancos en lugar de predicar desde ellos. Cuando la casta está por sobre al bautismo, debemos preguntarnos: ¿qué Evangelio estamos predicando?

Una Iglesia que permanece en silencio sobre la casta no puede pretender defender la justicia. Una Iglesia que tolera la jerarquía en su propia casa no puede sanar un mundo roto.

La juventud dalit y sus realidades vividas

Permítanme pasar ahora al centro de nuestra lucha: **la juventud dalit**.

Los y las jóvenes dalit se encuentran entre los más vulnerables de nuestras sociedades. Durante siglos, se nos negó deliberadamente la educación. Hoy en día, a pesar de las medidas de acción afirmativa, persiste la discriminación sistémica, desde profesores sesgados hasta la exclusión en las aulas y en las universidades.

Los y las estudiantes dalit suelen sufrir burlas, aislamiento social y negligencia administrativa. Cuando se quitan la vida, llamamos a estas tragedias «asesinatos institucionales», porque no es la desesperación lo que los y las mata, sino la discriminación sistémica dentro de los campus.

Las medidas de acción afirmativa en la educación y en el empleo público también han provocado resentimiento entre las castas dominantes, creando un entorno hostil para la juventud dalit que buscan triunfar. Al carecer de las redes sociales y del capital cultural que confiere el privilegio, entran en el mercado laboral con una desventaja estructural.

En los lugares de trabajo, la discriminación persiste en la contratación, los salarios, los ascensos y la cultura laboral. Incluso cuando los gobiernos introducen programas para promover el espíritu empresarial o la formación profesional de los y las dalits, estos suelen estar crónicamente subfinanciados, mal implementados y desprovistos de una comprensión interseccional.

Las políticas se redactan sin tener en cuenta las opiniones de los y las dalits, haciendo que los mercados y las instituciones ignoren la realidad de las castas. Como resultado, la desigualdad económica se agrava y los y las jóvenes dalits siguen atrapados entre promesas incumplidas y barreras sistémicas.

Para transformar esta realidad, la acción afirmativa debe ir más allá de las medidas simbólicas. Debe rediseñarse para crear oportunidades reales mediante inversiones en educación pública, tutorías, acceso al crédito y vías de liderazgo.

A pesar de estas dificultades, los y las jóvenes dalits siguen avanzando. Lideran movimientos en favor de la justicia, crean arte que recupera la dignidad y construyen solidaridades entre castas, géneros y razas. Su fe no es una creencia pasiva, sino una resistencia radical. Su esperanza es revolucionaria.

La naturaleza global de las castas y su intersección con el poder

Las castas están omnipresentes en todo el sur de Asia y se manifiestan de innumerables formas, desde personas obligadas a recoger excrementos manualmente hasta mujeres explotadas en nombre de rituales, desde la segregación en los puestos de té hasta la exclusión silenciosa en las entrevistas de trabajo.

Funciona no solo a través de las costumbres sociales, sino también a través de la arquitectura del poder en los mercados, de las burocracias y de la política. La misma lógica que antes dictaba quién podía sacar agua de un pozo ahora determina quién puede acceder al capital, a la tecnología y al liderazgo.

A nivel global, la casta se mueve con la migración, integrándose en el extranjero en las comunidades del sur de Asia. El racismo y el sistema de castas se miran mutuamente al espejo, ya que ambos construyen jerarquías de valor y ambos prosperan en el silencio. Por lo tanto, los movimientos dalit se alinean con las luchas antirracistas en todo el mundo, reconociendo que nuestra liberación está unida.

Pero la práctica de la exclusión basada en las castas continúa sin cesar, incluso dentro de las comunidades religiosas. La conversión no ha borrado las castas; por el contrario, estas se han adaptado a nuevas formas. Los y las dalits dentro de la Iglesia siguen enfrentándose a la segregación en la vida social, a la restricción de su participación en el liderazgo y a barreras para la ordenación. Mientras tanto, quienes integran las castas dominantes siguen teniendo el control de la toma de decisiones, no solo en las instituciones religiosas, sino también en la filantropía, el gobierno y los negocios.

Por esta razón, activistas y teólogos/as dalits han instado a las iglesias regionales y globales a que reconozcan oficialmente la casta como un asunto moral global y a que promuevan la erradicación de la «discriminación basada en la casta» en sus textos fundamentales, junto con la raza, el género y la etnia. Solo nombrándola podremos empezar a desmantelarla.

El llamado a la Iglesia global

En esta época de inequidad y de polarización global sin precedentes, la Iglesia tiene una oportunidad histórica para ir más allá de la empatía simbólica para avanzar hacia una solidaridad estructural y transformadora. El mundo necesita la caridad de la Iglesia; necesita su valentía, su voluntad de desmantelar los sistemas que perpetúan la desigualdad, incluidos los que existen dentro de sus propias paredes.

Durante los próximos cinco a siete años, insto a las Iglesias a que se comprometan con las siguientes prioridades:

1. **Aniquilar la discriminación basada en las castas y todas las jerarquías de exclusión**
Reconocer explícitamente las castas como un problema moral y estructural. Integrar su análisis en todos los marcos eclesiales para la justicia, la igualdad y la inclusión. La Iglesia debe participar activamente en la sensibilización sobre las castas, la divulgación de la verdad y las auditorías institucionales para erradicar la discriminación sistémica en todos los niveles de su funcionamiento.
2. **Promover el liderazgo juvenil dalit y la acción colectiva.** Ir más allá de la representación simbólica para invertir de verdad en los y las jóvenes dalit marginados, en particular en las mujeres jóvenes y en las personas de la diversidad sexo-genérica. Apoyar el desarrollo del liderazgo, las becas de educación y los programas de mentoría que preparan a los y las jóvenes para dar forma a la teología, a la gobernanza y a la incidencia por la justicia social a partir de sus experiencias vividas.
3. **Reimaginar la educación teológica y basada en la fe** Incorporar el análisis interseccional, incluyendo la casta, el género, la raza, la clase, la discapacidad y la sexualidad, en los planes de estudio teológicos. Promover la investigación de los teólogos y las teólogas dalit y pertenecientes

a minorías, asegurando que el conocimiento teológico refleje toda la diversidad del pueblo de Dios.

4. **Fortalecer la justicia económica y digital para la juventud.** Alentar a las iglesias y a los organismos ecuménicos a que se ocupen de cuestiones de justicia económica, desigualdad digital y trabajo digno, temas que definen el futuro de millones de jóvenes. Apoyar a los y las jóvenes dalit para que tengan acceso a capacidades, tecnología y recursos que les permitan participar en las economías emergentes con dignidad y seguridad.
5. **Fomentar movimientos de solidaridad interreligiosa y transnacional.** Establecer alianzas entre personas cristianas, musulmanas, judías, budistas, entre otras, y movimientos seculares de justicia social para hacer frente a las estructuras compartidas del sistema de castas, el racismo y el patriarcado. La Iglesia debe considerarse parte de un ecosistema moral más amplio comprometido con la paz, el pluralismo y la preservación de los derechos humanos y la dignidad.
6. **Garantizar la rendición de cuentas y las medidas reparatoras dentro de la Iglesia** Establecer mecanismos para supervisar los compromisos de inclusión y justicia, incluyendo revisiones independientes, transparencia de datos y medidas reparatoras para las comunidades históricamente marginadas dentro de las estructuras eclesiásticas. La rendición de cuentas debe ser la medida de la fe en acción.
7. **Recuperar la vocación profética de la Iglesia** La fuerza moral de la Iglesia no reside en la neutralidad, sino en la claridad, en ponerse del lado de las personas oprimidas. Ya sea en Manipur, Palestina, Sudán, el Congo o en los asentamientos dalit del sur de Asia, la Iglesia debe estar presente allí donde los derechos humanos y la dignidad están amenazados. Seguir a Cristo es estar del lado de las personas crucificadas por los sistemas de nuestro tiempo y actuar con valor y sin concesiones.

Que nosotros y nosotras junto con nuestras iglesias nos pongamos nuevamente de pie, con determinación y convicción, para construir un mundo en el que nadie se sienta inferior a los ojos de Dios.

Gracias.